

HUECO DE LUZ

Por

MARUXA DUART HERRERO

HUECO DE LUZ

1

La llegada

[Un personaje o dos. Un payasito de unos sesenta o setenta años, y una Voz en Off. La Voz en Off, despacio, muy despacio, quizá portadora de una vela, en la oscura estancia de la plaza, alumbrada por la farola, pasea de vez en cuando de una parte a otra del escenario, digamos el de un pueblo pequeño serrano, llamado Yeste.

Cuando habla suele hacerlo en el centro. La Voz en Off puede ser sólo una voz, o alguien, o el mismo personaje. Puede que vestido o cubierto de blanco se halla inmóvil en uno de los costados o en el centro. Probablemente una mujer. Sólo en contadas ocasiones levantará el velo, mirando muy fijamente al público tras una máscara blanca que resaltará extraordinariamente los ojos y quizá los labios. La voz en Off puede ser también la propia voz del actor que se escucha.]

VOZ EN OFF: Crispín, un payasito titubeante, viste una gabardina antigua y calza unos zapatones de payaso con los que tropieza. Arrastra un petate militar de color tierra verdoso, vestigio de vagabundas pisadas a lo largo del continente, hacia el centro de la

plaza oscura, como su ceguera; aquella que le sale de adentro, como una espuma oscura, la que el mar suelta por la noche en una noche ciénaga poblada de estrellas ausentes, frustradas por no poder alumbrar, en el lugar de una tormenta que achucha el mar crispado que se alza y encrespa soltando chispas, azotando cara y pies con granos de arenas. El contraviento ayuda en esa dirección opuesta de las aguas que produce maravillosas crestas ante las que un perro mira extasiado la naturaleza muda que brama. La espuma es la hiel enlodada de los suelos marinos que escupen y limpian su lengua de alquitranes y depósitos.

[Habla la Voz en Off. Lentamente se ha quitado el tul transparente que cubre la cabeza y el rostro, hasta el cuello. Su voz es hueca y poderosa e incauta al público. Su cara adquiere tintes brujos así como sus afilados dedos y largas uñas blanquecinas. Tras hablar, marcha atrás quedará en segundo plano]

VOZ EN OFF: Crispín, en una misma similar tormenta, camuflada tras su máscara y una afilada tristeza, se apoya en el pollo de la farola, sentado, abrumado o abatido. No hay nada, nadie más que él. Una gota perdida en el océano que ni siquiera se esfuerza por encontrar nada, no ya por buscar su sitio. Nada cree ni le impulsa. ¿Qué queda del ilusionado payasillo vibrante, amante de aplausos, niños y grandes? Ni un ápice.

[La Voz en Off, vuelve a la inmovilidad, habla desde un ángulo]

VOZ EN OFF: Asoma más precisa la cara deforme de Crispín; una máscara blanca con varias capas de maquillaje con ribetes rojos, azules y grisáceos, la luz alicaída de la farola la atraviesa. Y aparece un gran y estrambótico fular, no exento de encanto y

preludios, que envuelve el cuello de Crispín. Viene, como él, de vuelta de vivencias dolorosas, de espacios aquellos donde la vida, como en un tango, te mece de buena gana, aleja o te da la espalda. Habrá que esperar entonces, y aguardar el lustroso brillo que amanecerá tras el esperpento de lo aciago. El sombrero que cubre su cabeza es estrafalario y se encuentra raído.

VOZ EN OFF: Las vetas del mimo o payaso dan cuenta de aquel galante soñador que ha hendido magnánimamente toda suerte de banderas, benigno y raudal en ideas y afectos.

VOZ EN OFF: La desilusión ha consumido el tiempo desinteresado cuando no carcomido su cara, su facha, los sueños infantiles de adolescente y adulto. Los amores se han evaporado en un triste y lejano sueño. No hay amigos si vuelas ermitaño. No se sienten, no se notan. No hay familia que necesite, endurecidas sus arterias por las vellosidades de alambres que circundan y protegen un corazón vacío y seco, tanto como la corteza de una nuez.

Crispín, vomita mareado, se agarra la cabeza para no caer, el estómago le atrapa y le retuerce. No quiere ceder, el espasmo es muy fuerte, no ve...

[Silencio]

VOZ EN OFF: Finalmente dejan de llover las hieles amarillas, parece que dan tregua. Un ruido, una mella en el ánimo del payasito, una cáscara arrugada que apenas respira, levanta en él un respiro. Es entonces cuando Crispín levanta pesadamente sus pestañas, alejado de la omnisciencia terrenal. Escucha el gorjeo de un vencejo, no, no parece; el tac tac de un pájaro carpintero, tampoco. Entrevé una lejana luciérnaga entre el

duermevela de los sentidos. El aleteo apenas discernible por el oído, la levedad de la luz...Una gota, minúscula e inesperada se cuele.

VOZ EN OFF: Una atenta alarma se introduce, paulatina, inundando arterias y venas, levantando polvo. Finalmente el corazón parpadea, da un respingo. El alma no reacciona pero el corazón que empieza a latir llama a su puerta. El letargo se distancia, la oscuridad es menor en la oscuridad lacrimosa, llorona de afectos del entrañable payasito, único habitante de la plaza. Crispín se incorpora, agarra a la farola, mareado aún, incorpora la mano derecha a su frente, tras la visera mira ahora a su alrededor.

[Cierta vigor vuelve a Crispín que se encarama con un público ausente]

CRISPÍN: Buenas a todos [pausa] ¿Me conocen, no? ¿Cómo? ¿Han dicho que no? Fíjense bien. (Se mira) Tienen razón, mi atuendo es un poco raro. Sí. Ya hace tiempo que no vengo por aquí.

CRISPÍN: Está bien, estoy de acuerdo con ustedes, soy un payaso y ni siquiera uno de verdad. ¿Alguno de ustedes lo es? [pausa] Un payaso entrado en años. ¿Qué edad me echan, setenta? Bueno, ustedes sabrán, porque la verdad es que he mentado tantas veces sobre mi edad, que la he olvidado. Seguro que ustedes harán mejor las cuentas que yo...

[Educado, de maneras exquisitas, habla aprisa, sabe muchas cosas. Los recuerdos se agolpan en su pensamiento y su lengua se traba a veces insegura por no saber qué decir. Educado, prudente, elegante, atiende cuando no habla. Idealista, loco, vibrante, imaginario y locuaz, algo pedante, puede ser pesado, pero...inocente, cauto, bien

intencionado, magnánimo. Amante de su tierra, del amor. Tierno, cuidadoso, sacude su letargo. Un recuerdo, el de París, hiende su corazón]

CRISPÍN: No, no vengo de la guerra, al menos no de la que pueden pensar que vengo.

CRISPÍN: He vuelto al pueblo, a mi pueblo. Mi pueblo no está como quería, pero... no importa...

“Olé, olé” [Se escucha].

CRISPÍN: ¿Oyen? [Indica con el brazo] ¿Han oído? Miren, sí. Ese animal soy yo, el que enbiste, aquel a quien ponen las banderillas, el que marea con su maestranza, el que se balancea, el que contorsiona su sino, el que se mide al del traje de luces. Fuerte, bribón, arranca, resopla. Soy bravo y por eso: ¡HE RECIBIDO EL INDULTO! Y por ello, ahora el de las luces y yo salimos por la puerta grande!

VOCES: “¡Oléééé...!”

CRISPÍN: Ya ven. No soy Taurino y soy de un pueblo de toros.

[Se escucha un “zapateo” flamenco con la música de Paco de Lucía de fondo]

CRISPÍN: Hay que fiarse de lo que uno siente y nota aquí [coloca la mano sobre el corazón], bueno, a decir verdad, no siempre.

CRISPÍN: ¡Nunca hay que aceptar la derrota!

[Algo le llama la atención. Ha escuchado un golpe, como si alguien hubiera dado un portazo a una puerta]

[Se dirige a una puerta de las de la Plaza]

CRISPÍN: ¡Eh...! [Vocea]

CRISPÍN: ¿Hay alguien?

CRISPÍN: ¡Estoy llamando a la puerta! [¡Pom, pom!]

CRISPÍN: ¿Alguien me oye?

CRISPÍN: Bueno, parece que no hay nadie.

CRISPÍN: Esperaba salvas y vítores.

CRISPÍN: Os esperaba a todos...

CRISPÍN: Bueno, el caso es [se rasca la cabeza], que no hay nadie.

[Habla para sí]

CRISPÍN: No habrán recibido mi telegrama.

CRISPÍN: Claro que ya no recuerdo si lo he enviado o no.

CRISPÍN: ¿Cómo dices?

CRISPÍN: ¡Ah!, es verdad, ya no se envían telegramas.

CRISPÍN: Creí..., bueno, qué más da. Yo no sé enviar esos mensajes de “whatsapp” que se envían los jóvenes. A eso he llegado tarde. Además no me gustan.

[Se ha puesto de espaldas pero con jovial movimiento se dirige a los espectadores del escenario]

CRISPÍN: ¡Pero yo os amo que quede claro! Os quiero a todos, y a este pueblo algo cochambroso y maravilloso, el vuestro y el mío. Aquel al que siempre vuelvo.

[Pausa]

CRISPÍN: Uno siempre va a morir al lugar donde nació, si tiene esa oportunidad. No es que piense que voy a morir, no. Todavía pienso vivir un montón de años y dar guerra...

[De nuevo habla consigo mismo]

CRISPÍN: Son como niños, igual te quieren que no se juntan contigo.

[Explica a los espectadores]

CRISPÍN: Claro que llevan toda una vida conmigo, eso es una eternidad para cualquiera.

[Conformado] Es normal que se aburran. Que hablen, siempre hablan. Qué otra cosa van a hacer. Que se burlen de un titubeante e insensato payasito errante. No importa.

[Vuelve a la carga con la mano de la palma abierta hacia el público]

CRISPÍN: Claro que yo llevo toda la vida con ellos cargado con esta mochila de la que saco [Se toca el corazón]: magia. Ellos [señala al pueblo invisible] se ríen, tocan palmas, lloran, se quedan suspendidos con la boca abierta, no piensan...

Normalmente luego despotrican, [pausa. Crispín mira incisivamente, fijo, como queriendo descubrir...] pero siento que me quieren a pesar de todo, lo noto, aquí. [Manosea el corazón] Las raíces, lo vivido en la infancia que te graba para siempre, los mayores, aquel último de la clase, el picantón, el burlesco, el metica, tu amigo del alma. Fragancias, perfumes, lo conocido, lo vivido, mis muertos, los tuyos. Los corrillos, los bares, las gentes en las puertas, los dulces, el río y sus bosques, todo me ensancha los pulmones; estoy en paz.

CRISPÍN: Bueno, [se palpa las entretelas arriba del corazón], no importa.

El despertar

[Se despoja de la gabardina. El fular exagerado sigue siendo una nota aunque el atuendo es mucho más distendido. Lleva pantalones a cuadros y camiseta]

CRISPÍN: Aún no he muerto ¡ESTOY VIVO!

CRISPÍN: El afán de conocer sin fin, el trasiego, lo singular, lo diferente, los colores, los olores, los matices, lo único y lo igual, semejante, cómplice, común... Eso importa. La calma, la soledad, la placidez, un día nublado, una ráfaga suave sobre un chopo, el palmoteo del agua tras los cristales, el vuelo de un mirlo que acerca su pico a la orilla de un río. Aquello que oteo sin ser visto, percibido y no real, advertido pero incierto. Fantasmas del pasado que vigilan impertérritos, duros y cristalinos, el hacer y deshacer diario, el amor, el goce..., el dolor. Espectros de antes y ahora que deambulan lentos o raudos, avistados en la ligereza de la suposición y del entredicho, la suposición y la advertencia, el aviso y la sutil grasa de la amenaza. La que causa dolor, la premonitoria sin más. O la más canalla, la que se apropia de la ingravidez del débil, de la puerilidad, de lo fútil o intrascendente, de lo que es menor o insignificante, en su peso o

importancia; la del fiscal o juez no meritorio que acecha, soborna, avistando casos que especula, desvela, pune y no siente, pues nada de lo que instiga o considera, dictamina es suyo. Este es el arte de viejas antañas, abuelas y abuelos agremiados en corrillos conjeturando en tiempos largos y sin prisas de candiles, cuando algo había que hacer, y no el de ahora; el de la velocidad del rayo y el de la impaciencia. El de puñaladas siniestras sin cara a desconocidos. El de políticas lobunas que gritan y prometen humos candeleros escondiendo a jóvenes el necesario poder del sustento, mienten como ningún animal.

CRISPÍN: Sabéis, temía que me había muerto, y que era por eso que nadie había venido a recibirme. Bueno, quizás me he muerto al no veros, o me quería morir por eso, porque había puesto en vosotros mi última esperanza, antes de..., o yo que sé... [Levanta las manos con gesto algo irritado] pero no.

CRISPÍN: ¡Estoy vivo! Puedo tocar las cosas, sentirlas, amar. Amar lo amado y no olvidar es vivir.

He dicho que no importa. No pienso rendirme. ¡Os quiero, me oís! Os lo repito otra vez. ¡Ah, y no pienso rendirme! Tirar la toalla, jamás!

CRISPÍN: ¡El amor nunca muere... Eso nunca!

CRISPÍN: Nada es perfecto, no tiene por qué serlo. La aceptación, el sosiego, la bonanza, la comprensión...

[Una alfombra roja se despliega a recibir a los suyos]

CRISPÍN: ¡YAVIENEN...!

CRISPÍN: ¡Estáis aquí...!

CRISPÍN: Gracias, gracias...

CRISPÍN: Os echaba de menos...

CRISPÍN: Gracias.

3

La vuelta

[Crispín vuelve a la realidad. Está sentado. No quiere el disfraz. Se retira la máscara
Tira el sombrero. Se asegura de su corazón. Ve luz.]

CRISPÍN: Estoy contento de haberos conocido a todos. Pueblo de mis entrañas.
Tuétano de mi pasado y asadura de mi presente. Tripa de mis ojos y meollos, seno de
mis termitas y sinsabores. Techo de aguamanil en un día temprano, vistoso y claro,
aquel en el que te vas a correr por los tejados la esencia de bosques y de prados, valle,
desfiladeros y pozas, colibrí y mensajero, ese de seguro, soy.

CRISPÍN: Aún estoy vivo. Puedo tocar las cosas, amar.

CRISPÍN: El amor nunca muere.

CRISPÍN: He estado con mi gente.

CRISPÍN: La conformidad con uno mismo no ha de disfrazarse de nada Estoy muy
contento.

CRISPÍN: La aceptación es tan innecesaria como ineludible.

[Una chispa, un aliento, un ¡Clak!, le devuelve una imagen, un pensamiento]

CRISPÍN: Uno nunca acierta a conocerse, afortunadamente. “Bendito desconocido” que muda continuamente su ropaje. Camaleónico. Sólo necesita ser ponderadamente sagaz y cuerdo. ¿Cuerdo?

CRISPÍN: ¡París, París, ¡¡Estás aquí!! ¡¡Has vuelto!! Creí que te habías olvidado de mí. [Aparta algo invisible] Amor, luces, la libertad. Tan lejana a la conservadora España y al tirano, a la cochambre, a la miseria tras la guerra, a constricciones de iglesias y a pecado. ¡Ah París, allí fui yo por primera vez sin máscaras, cerca de ti, que me atravesaste por primera vez, haciéndome descubrir aquel otro yo imposible de mostrar en mi querida España, en mi pueblo o mis queridas ciudades de provincias!

CRISPÍN: ¡Mon amour!! Mi primer amor...! ¡Ah París: “liberté, égalité, fraternité, Montmatre”, La Torre Eiffel..! ¡Ah París!! Te duelo, te ensueño. Y a ti Philippe, y a Antoine, Marcel, Marie, François...

El Bois de Bologne, La Riviere...Notre Dame, La Madelene. El Louvre, El Museo de Cera, El Barrio Rojo, los jardines de Luxemburgo...Ah los paseos por El Sena, nuestros paseos, Phillippe...

CRISPÍN: Amo. Te amo a ti, íntimamente, sin que nadie lo sepa. Pocos lo saben. No fuiste el único. He tenido amantes, amores. He saboreado, gozado... Pero tú fuiste mi amor, eres mi amor, no tienes por qué ser conocedor de ello, eso es cosa mía, no lo necesito, sólo tu recuerdo. Soñar contigo, ser libre, amar. No pude hacer que me quisieras, o quizá sí y fui tan ciego que no supe verlo. EL AMOR NUNCA MUERE, aunque a veces sea imposible retenerlo... Está bien así...

CRISPÍN: “¡Espanyol, gitane! ¡Franco *dictateur!* “, pintabais y escribais en vuestras paredes a nuestra llegada en estaciones de tren y autobuses. Así era como nos veiais.

Como divisabais a los españoles que cruzaban la frontera de *Perpignan* para ver películas X y al increíble, único, Marlon Brando en *El último tango en París*. “Españolitos de a pie”, como anunciaba Lorca. Españoles castrados, obligados y espurgados, digo yo. Eso sí, llenos de encanto, fidelidad y denuedo. Este último que no falte, no señor. ¡Valientes y arriesgados, siempre!

CRISPÍN: Gentes que saben, supieron siempre que no pueden cruzarse de brazos. Animales más o menos libres, lo son y no los son por su alma. Todos a una, animales “*Homo sapiens*” u otros, saben que han de conseguir comida, sustento, puchero o festín, refrigerio o manduca, condumio o tentempié, para seguir viviendo.

CRISPÍN: El amor nunca muere.

CRISPÍN: La conformidad con uno mismo no ha de disfrazarse de nada.

Philippe se fue, decidió irse en un fuerte y loco abceso de locura, de cordura tal vez, no creo. Demasiado joven, demasiado mundo, anhelos y ambiciones por vivir.

CRISPÍN: Lo siento Philippe.

CRISPÍN: Me enrabio Phillippe.

CRISPÍN: Maldito Phillippe

CRISPÍN: ¡Te quiero Philippe!

CRISPÍN: ¡Por Philippe!

El río rojo de nadie tras cien años, de cero desconocido, la absurda creencia de lo importante, la nulidad de la carencia que aliena y no combate aristas de degüello. El

horror al que manda y a sus bestias entresijos, a su ápice de serpiente, al horror de no existir jamás. Al braceo que impide zambullirse en el parco y ninguno sótano de las bravías olas.

CRISPÍN :¡A vosotros, raíces de mis raíces, puntal *misericorde* de los míos, de lo que he sido, a Philippe, a la más preciada, querida, admirada, a mi mujer! ¡A mi vástaga, promesa cumplida del paraíso, por siempre!

VOZ en OFF: [El rojo tinta los suelos hacia arriba. El aire se tizna de azul hacia abajo. El agraciado aire se torna del revés, apolíneo, apuesto, agraciado, según muchos, escultural y gallardo, garrido y vistoso, cruce de rojos y azules como la vida, la savia y el vigor, según, conductas, comportamientos, ocasos, lances, hazañas y proceder, circunstancias y agonías, biografías sin escape, doradas, matizadas, moribundas, vivas o mortecinas] Tú y yo. Yo sólo y con todos mientras pueda.

¡¡ Vivan los no existentes, desaparecidos y los muertos !!

-FIN-